

pasara nuestra desventura; mas con hambre insaciable de nuestras vidas y haciendas han proveído que se nos quite nuestro antiguo hábito y nuestra dulce lengua, cosa que no se puede tolerar, y es causa bastante para que todos los del estado granadino busquemos y procuremos libertad, á fin de que no seamos mas tiempo constreñidos ni estropeados de los codiciosos cristianos. Véngannos á la memoria los crecidos tributos y fardas que tan fuera de razon nos hacen pagar, obligándonos á creer y adorar cosas que no entendemos ni sabemos lo que son, llamándonos cada dia por padron en sus iglesias, como si fuéramos sus esclavos. Pues ¿qué sangre ilustre, qué nobleza habria que sufrir pudiese tales desventuras? Por cierto, leales amigos míos, que al hombre noble, y á cualquiera gente, le valiera mas pasar por los filos de la guadaña de la muerte que aguantar demasias tales y tamañas desventuras. ¿Y cuál es mayor que no tener libertad? Pues para remediar tantos males, ó noble y valerosa gente, todo el reino tiene determinado buscar este suave y sabroso bien, y no cesar hasta haberle alcanzado á fuerza de armas. En las manos las tenemos ya, amigos míos, y con sobrada ocasion; además nos vendrá de Arjel pronto socorro, y cuanto habemos menester para alcanzar tan alta pretension con el favor de Mahoma. Solo nos falta un rey, tal cual á todos con venga, de casta y linaje de nuestros reyes pasados; y este ha de serlo don Fernando Muley, mi sobrino, pues le viene de derecho, por no haber otro mas cercano á aquellos, y también porque personalmente lo merece, atento su buen y real proceder. Todo el reino tiene puestas en él los ojos, como podria yo luego mostrarlo por firmas de los mas principales. Muchos de los que estamos aqui se lo hemos ya rogado, y responde que mas quiere servir como buen soldado, y morir por la libertad de los de su reino, que no admitir un cargo tan peligroso como el de ser rey. Mas todavía le importunaremos para que lo sea. Ved ahora, valerosos caballeros y soldados, cuál es vuestro parecer; y si fuere justo que sea rey don Fernando, le competeremos por fuerza á que acepte la corona, porque dello pende el bien de todos y el logro de nuestra libertad.»

Apenas Abenchoar acabó de pronunciar estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadrón dió un alarido diciendo: «viva el rey don Fernando Muley, á quien escogemos y queremos para que nos defienda y ponga en libertad.» En esto los mas cercanos á don Fernando le levantaron en alto con su silla, teniéndole así una gran pieza, y diciendo: «viva el rey de Granada Muley Abenhumeya.» Luego comenzaron á sonar músicas de dulzainas, chirimías, trompetas y atabales con tanto ruido, que parecia hundirse el mundo. Luego le pusieron en la cabeza una corona de plata dorada, que era de una imagen de nuestra Señora, y que para aquel caso la tenia Abenchoar proveída. Después de coronado le tomaron juramento, sobre un libro del Alcorán, de que los ampararia y defenderia hasta la muerte. Todo lo juró el reyecillo, que así le llamaremos en adelante; y concluido este acto, las chirimías, dulzainas y otros instrumentos sonaron con gran ruido.

Luego vinieron de muchos lugares á darle la obediencia y besarle las manos. Los lugares fueron estos: Ojijar; Verchul, Valor el Alto, Valor el Bajo, las Guajaras Altas, las Guajaras Bajas, Andarax, Murtas, Turon, Albuniceles, Lanjaron, Caniles Aceitum, Castil de Fero, Almanzara, Jergal, Albeludui, Filabrés, Siero, Bacaes, Terque, Santa Fe, Alhama la Seca, Guécija, Felix, Inix, Ricar, Durca, Uraca, Ohanes, Niele, Ganjayar, Inox, Yumitin, Felis, Uleila de Parlena, Uleila del Campo, y finalmente toda la taha de Andarax y los dos rios de Almería y Almanzora, con otros muchísimos lugares de las Alpujarras. Viéndose pues don Fernando rey de Granada á su parecer, mandó luego hacer banderas y elegir capitanes para que le siguiesen á la guerra. Los capitanes que se eligieron fueron estos: el Sorri de Andarax; Zarea de

Ojijar; Puertocarrero, alcaide Jergal; el Maleh de Purchena; Hacen de Velez el Blanco; el Gravi de Velez el Rubio; Abenbaile de Alcudia; Farax, negro de Terque; el Jorrique de Baza; el Lale, alguacil de Macael; Alhadra de Ohacenes; Alcrocaim de Guadix; el Dere de Andarax; Gironcillo de la Vega, gran tirador, criado del marqués de Mondejar; el Dali; los dos Portales; Berio; el Mellu; el Corcuz de Dalias; el Garras; el Mohaxar; el Rentio.

Sin estos nombró otros muchos capitanes hasta el número de doscientos y cincuenta, todos de sangre hidalga, nietos y biznietos de muy principales caballeros que en los tiempos pasados gobernaron á Granada y sus tierras. Solo Farax el negro, de quien diremos adelante alguna cosa, era de poca calidad, pero ninguno mas bravo y valiente que él. Creados todos estos capitanes, mandó darles el reyecillo provisiones reales, firmadas y selladas con su sello, para que ahorcasen luego á los que no quisiesen seguir sus banderas, y pegaran fuego á cualquiera lugar que no quisiese levantarse y concurrir á la guerra. Desta suerte fueron muchos pueblos levantados por la fuerza, y muchos moriscos ahorcados en árboles por no querer militar bajo las banderas granadinas. Todos los capitanes proveídos se dirigieron á diversas partes en guarnición, para que si los cristianos viniesen con mano armada hallasen resistencia.

Por jefe ó general de todos fué señalado uno, llamado el Habaquí, varon grave, de buen juicio, valeroso, y de casta de caballeros nobles: era natural de Guadix, ó de el Alcudia. Recibió el baston de general contra su voluntad, porque decia que aquella guerra era injusta y acabaria mal; que eran grandes las fuerzas del rey don Felipe, y no podrian combatir con él muchos dias; pero con todo eso que decia, hubo de aceptar el cargo de general. Todos los morfis, que era una gran tropa dellos, comenzaron á hacer notables daños en los lugares de los mismos moriscos, y se les permitia porque no dejasen las banderas: desta suerte andaba todo el reino revuelto y desasosegado. Al Maleh le cupo de presidio todo el río de Almanzora, y tenia su alojamiento en Purchena con trescientos hombres; Puertocarrero tenia el río de Almería con otros trescientos; el Gorri tenia toda la taha de Andarax con otros tantos; Correa toda la taha de Ojijar, y Albuniceles, y las Guajaras con cuatrocientos. Desta manera estaba todo el reino ocupado, y no habia lugar en las Alpujarras y rios de Almería y Almanzora que no tuviese su presidio.

Hecha esta diligencia, lo primero que los moros emprendieron fué quemar las iglesias, hacer pedazos los santos y las cruces, y matar con cruces muertes á los curas y sacristanes. En un lugar que se dice Felix habia un cura natural de Lorca, llamado Miguel Sanchez, al cual tomaron los moros y le amarraron á un naranjo en el patio de una casa, y se le entregaron á las mujeres del pueblo para que hiciesen dél lo que ellas quisieran: todas con navajas en las manos se llegaban al pobre clérigo y le decian: «di, perro alfaquí, *Por la señal*,» y diciendo esto le pasaban la navaja por medio de la frente hasta la barba; luego llegaba otra mora, y le decia: «*de la santa cruz*,» y cruzábale la frente; y desta manera le iban persiguiendo con tanta crueldad, que nunca jamás fué vista ni oída. Así murió el buen clérigo despedazado con navajas, mártir y buen caballero de Jesucristo. Mas quiso Dios que por aquella muerte, ó por lo que él fué servido, viniera un rayo sobre este lugar, del que en menos de una hora murieron mas de cuatro mil personas, tanto de hombres como de mujeres y niños, y perros y gatos, que no quedó cosa viva, segun diremos en su lugar. Pues estas y otras semejantes crueldades usaban los moros con los cristianos, de que puedo hablar como testigo de vista, y que anduve mas de tres años siguiendo la guerra, bajo la milicia y banderas del marqués de los Velez, don Luis Fajardo.

Tornando ahora al caso, no contentos los moros con semejantes crueldades, salian á los caminos en tierra de cristianos, cautivaban á muchos dellos y los llevaban á Sorbas, por ser lugar cercano al mar, donde los vendian á los cosarios de Arjel, dando un cristiano por una escopeta: esto hacian para repararse de armas. Sabido el caso en Arjel, muchos judios y mercaderes moros enviaban varios géneros de armas, así escopetas como alfanjes, arcsos y saetas, todo á trueque de miserables cristianos; y vino á tanto el negocio, que en la ciudad de Purchena se hizo aduana para este trato y venta de cristianos, siendo en Sorbas la embarcacion: dello hablaremos después mas largamente, y sobre lo ya referido diremos el romance siguiente:

Al son de trompas y cajas
Siendo Muley coronado,
Muchos capitanes crea
Habiendo campo formado.
Y puso muchos presidios
En el granadino estado.
Los moros con rabia ardiente
Hacen casos no pensados.
Las iglesias quemar todas
Deshaciendo los retablos,
Y los santos crucifijos
Hacian dos mil pedazos.
A los santos y las santas
Con hachas despedazando:
Y con grandes crueldades
Degollaban los cristianos.
Y curas y sacristanes
Morían martirizados.
Muchos cristianos cautivan,
Y á Arjel son luego enviados:
Por un arcabuz dan uno,
Por hacerse bien armados,
Y en la ciudad de Purchena

Se hace el trato y contrato,
El reyecillo Muley
Dello queda aprovechado:
Muchas escopetas traen
Los del africano estado.
Por la ganancia, que es mucha,
Pues por ellas dan esclavos.
Finalmente se destruye
Lo de Lorca y su poblado.
Que estas tierras entre todas
Sienten el daño doblado:
Porque todos sus caminos
Los moros han salteado.
Prendiendo los pasajeros
Que á Purchena iban llevando,
Y al que se pone en defensa
Le hacen dos mil pedazos.
Alborotanse las tierras
Sintiendo este mal recado:
Todos de armas se aperceben
Contra el granadino bando.
Lo que sobre esto pasó
Después os será contado.

CAPITULO III.

Que trata de las grandes crueldades que los moros hacian en las iglesias y en los cristianos, y cómo siendo avisado su Majestad, mandó proveer sobre ello, saliendo el marqués de Mondejar á las Alpujarras, y lo que mas pasó.

Muy grandes eran las crueldades que los moros hacian, grandes los robos y grande su codicia de buscar armas, y todo con la pretension de salir con su dañado intento. Así es, que estando casi todo el campo armado, un dia acordaron de ir al río de Almería, y llegando á un lugar muy bueno y rico, llamado Guécija, lo primero que hicieron fué abrasar un rico convento de frailes dominicos, donde habia un estudio grande de predicadores, degollaron á todos los frailes, y desnudos en carnes los arrojaron en una balsa grande, en la que se recogian las heces de aceite de muchas almazaras, echando juntamente con ellos á otros cristianos, y en particular á la hija de un licenciado, llamado Gibaja, que era muy hermosa. Echáronla á esta vestida con sus ropas costosas y ricas, y así parecia en la balsa cubierta toda de grana, y con sus guantes calzados, que era grande compasion verla, así como á los demás cristianos allí degollados.

Acabadas estas y otras semejantes crueldades, se tornaron los moros á Andarax, donde acordaron de dar en Granada una noche de Navidad, la primera que venia de allí á pocos dias. Para esto se concertaron de secreto con los moros de Granada, á fin de que aquella noche se pusiera á sacomano la ciudad, pues era tiempo en que los cristianos estaban ocupados en los maitines. No quiso Dios que este concierto saliese á luz, porque no hubiese allí la destruccion que se pensaba hacer; así es, que seis dias antes de Navidad nevó tan grandemente en todas las Alpujarras, que era cosa de espanto, y los caminos, por donde los moros habian de venir á Granada, se cubrieron de tanta nieve que por todas partes habia dos picas della. Por esta causa los moros no se salieron aquella vez con su intento; pero habiéndose aplacado el temporal, de allí á quince dias se metieron los moros en Granada por caminos muy secretos, y encima del Albaicín, en la plaza de Bivalbulud, comenzaron á tañer sus dulzainas, trompetas y atabales: hicieron tanto ruido, que resonaba por toda la ciudad. Luego que lo sintieron los moros de Gra-

nada, entendiendo que eran los de las Alpujarras, y viendo el poco remedio que tenian con su venida, por venir pocos y tarde, un moro viejo comenzó á tocar un añafil desde lo alto de una torre, y á cantar la siguiente cancion:

Muy tarde viniste, Zaide,
Trujiste pocos, y venis tarde.
Si tú, buen Zaide, vinieras,
Como estaba prometido,
Fuera muy bien recibido,
Y alojadas tus banderas.
Mucho tardó Reduán
Para hacer el alarde
Con que sirve á su Alcorán:
Y así con este desmán
Trujiste pocos, y venis tarde.
Aguardádoteste estuvimos
La noche de Navidad,
Confando en tu verdad;

Mas nunca, triste, te vimos.
Tus esperanzas se van,
No porque seas cobarde
Tú, ni los de Solimán;
Mas, valiente capitán,
Pocos sois, y venis tarde,
Grande fué vuestra tardanza
En acudir al Alhambra,
Do habia de ser la zambra,
Llena de toda esperanza,
Y pues os tardasteis, Zaide,
Volved, y Mahoma os guarde,
Porque nos dice el alcaide
Que sois pocos, y venis tarde.

Estas coplas se cantaron en árabeto al son de un añafil, y por sacarlas dél á su medida, que es cosa muy dificultosa, no van tan buenas como pudieran ir; solamente diremos, que cuando Reduán y Zaide, que eran los capitanes que venian con aquella gente, oyeron lo que la cancion decia, y cómo les hacia perder toda esperanza sobre lo que se tenian prometido, mandaron al punto que allí en aquella plaza se publicase el Alcorán. Acabada la prédica delante de mas de mil moriscos del Albaicín, que habian salido al ruido de las armas, se fueron la vuelta de la Sierra-Nevada, tres horas antes del amanecer, juntándose con ellos mas de quinientos de aquel punto. Las guardas y centinelas del Alhambra, como sintieron tanto ruido y vocería, y algunos arcabuzazos que los moros tiraban, luego dieron en lo que podia ser, porque ya estaban sobre aviso, y al punto tocaron la campana de la Vela, que es muy grande, y soltaron una pieza de artillería, con lo cual toda Granada se puso en movimiento, y salieron al punto los vecinos alborotados, diciendo: *arma, arma, muera el enemigo que está en nuestra ciudad.*

Comenzó luego á sonar gran ruido de cajas y trompetas, y andaba la gente trastornada por las calles, y cruzando de unas partes á otras, que no parecia sino que se hundia el mundo: todos se veian en gran peligro, porque encontrándose, luego se acometian unos á otros, pensando que eran moros, y cuando se llegaban á conocer, ya de ambas partes se habia recibido muy notable daño. Para evitar esta confusion y escusar muchas muertes, todos los cristianos se concertaron en apellidar *Santiago*, y así no se embestian unos á otros. El corregidor, acompañado de muchos caballeros y de la justicia, acudia á todas partes, y mandó por pregon que los vecinos pusiesen lumbres en las puertas y ventanas, y que en las calles se hiciesen grandes hogueras. Ejecutándose así, aunque era de noche, parecia toda la ciudad en claro dia, porque no habia calle en que no hubiese ciento ó mas hogueras, y por todas las puertas, ventanas y azoteas habia muchas luces. Luego se echó otro bando para que todos los hombres de guerra acudiesen con sus armas á la plaza Nueva, á la de Vivarambla y á todas las demás; de suerte, que en cada una dellas se puso un cuerpo de guardia. A esta sazón el marqués de Mondejar salió del Alhambra, bien acompañado de alabarderos y arcabuceros, dejando á buen recaudo la fuerza y castillo real, y bajó á la ciudad para saber la causa de tan crecido movimiento. No holgaban los alcaldes de corte, que andaban también exhortando y animando á la gente para que estuviesen todos á punto y bien apercebidos, hasta ver en qué paraba aquel ruido tan grande.

Los cristianos quisieran subir determinadamente al Albaicín, y no dejar morisco á vida, pegando fuego á las casas; mas el marqués de Mondejar, el corregidor y otros muchos caballeros lo estorbaron, no teniendo sin embargo tanta parte, que al amanecer no estuviese ya lleno el Albaicín de cristianos, dando en las casas de los moriscos grandes golpes, quebrantando las puertas, matando

á muchos dellos, y pegando fuego á las casas; por lo cual andaba tal ruido y vocería, que semejaba á hundirse Granada. Eran tantos los gritos de las mujeres y de los muchachos, que ya los moros, forzados de los cristianos, hacían armas, y peleaban cruelmente con ellos por defender sus vidas y haciendas. Venido esto á noticia del marqués y del corregidor, acudieron al Albaicín con gran tropa de soldados para poner remedio á tanto mal; y cuando llegaron andaba ya tan encarnizado el negocio, que era muy dificultoso el remedio; no obstante, hicieron tanto, ayudados de los alcaldes de corte y otros caballeros, que al fin hicieron retirar á los cristianos enfurecidos, y pusieron un bando con pena de la vida al soldado que no bajara luego á la ciudad, y dejase al Albaicín. Obedecieron por fuerza los cristianos, dejando muertos en aquel día mas de doscientos moriscos; y si los dejaran no quedara uno dellos con vida: también murieron algunos cristianos.

Ya sería buen rato del día cuando se apaciguó este terrible escándalo, y entonces el marqués envió alguna gente en pos de los moros que aquella noche habían entrado en la ciudad; pero no pudo haber derecho dellos, porque se habían dado tanta priesa á andar, que ya estaban en la sierra cuando los cristianos salieron de Granada. Restituidos estos á la ciudad, el marqués señaló luego capitanes para que fuesen á las Alpujarras, y diesen orden de apaciguar algunos lugares de los que se habían levantado. Al instante salieron con gente, y en llegando la vuelta de los Padules, hallaron que no se podría poner remedio á lo que iban, estando ya toda la tierra sobre las armas y bien apercebida, por lo cual se volvieron á Granada sin hacer cosa alguna. Luego el marqués y el presidente escribieron á su Majestad lo que pasaba, y queriéndolo remediar no dejando moro á vida, con asolamiento del reino, muchos de los grandes le fueron á la mano á su Majestad, persuadiéndole que aquel ruido no era tanto como le hacían, sino causado por unos monfis que andaban salteando por los lugares de las Alpujarras, los cuales serían presos fácilmente, y hecha justicia dellos quedaría todo apaciguado. Los caballeros que informaron así á su Majestad eran muchos que en las Alpujarras y en el reino de Granada tenían lugares propios; y porque estos y sus vasallos no fuesen destruidos, torcían su relación. Entendiendo el rey que así era la verdad, amainó de su propósito, y mandó al marqués de Mondéjar que allanara á los moriscos lo mejor que pudiese.

Como el marqués tenía también allí lugares propios, y algunos de los susodichos señores le escribieron en el mismo sentido para que remediase aquel caso, con este intento mandó echar un bando, prometiendo gran suma de dinero á cualquiera que le trajese la cabeza de don Fernando de Valor, que ya se intitulaba rey de Granada. A fin de que el negocio saliese con mas acierto, hizo llamar á dos moriscos, caballeros y muy ricos, de quien sentía poderse fiar, aunque había pocos de confianza en aquella sazón, y les mandó que fuesen á las Alpujarras, y tratasen con gente escogida de buenos medios para que aquel escándalo no pasase adelante, dando orden de matar al reyecillo, y ofreciendo por su cabeza diez mil ducados, sin perjuicio de las grandes mercedes que el rey haría al hombre que le matase. Estos dos caballeros moros partieron de Granada, y pasando por los Padules les fué preguntado á dó era el fin de su viaje, y si venían huyendo de la ciudad. Ellos dijeron que sí, y que iban á Andarax á verse con el rey Muley Abenhumeya, y tratar con él cosas de su provecho. Desta suerte pasaron la vuelta de Ojijar; mas como llegaron á la Albuñuelas hallaron grandes tropas de gentes armadas, y entre ellas á muchos moriscos naturales de Granada, amigos suyos. Y maravillados de ver tanta gente de guerra, comenzaron á tratar con ellos cosas tocantes á la desventura que pasaba por todo el reino, y cómo el marqués de Mondéjar tenía

prometidos diez mil ducados á cualquiera que le llevase la cabeza del reyecillo, y que además alcanzaria con el rey que le hiciese grandes mercedes. También estos dos supieron decir, como que iban bien industriados del marqués, que este alcanzaria del rey que perdonase á todos aquellos moriscos que se hubiesen levantado, y así ni mas ni menos á todos los monfis, aunque hubiesen hecho muchas muertes, robos y otros males; y á todos los lugares levantados les alcanzaria igualmente el perdón con aseguramiento de sus haciendas.

Todas estas cosas dijeron los dos embajadores del marqués con tanta habilidad, que á todos aquellos amotinados y rebelados causaron confusión y cierto arrepentimiento de haberse levantado contra su rey. Luego comenzaron todos á decir á una voz: «cristianos somos, y cristianos hemos de morir; viva el rey nuestro señor, cuyos vasallos somos; mas queremos la paz que la guerra, pues tan misericordiosamente nuestro rey nos perdona nuestros males cometidos; y de aquí prometemos buscar á Fernando de Valor, y darle cruda muerte á él y al malo de su tío Abenchoar, por quien todos nos perdimos habiendo tomado su falso consejo; desde ahora prometemos la verdadera enmienda.» Las escuadras en que se decía esto contaban mas de tres mil hombres no mal armados; y luego aquella nueva del perdón general, y los diez mil ducados prometidos por la cabeza del reyecillo, voló por los pueblos mas cercanos, como los Padules, Guejar, las dos Guajaras, y otros muchos lugares de las Alpujarras. Todos se determinaron á seguir la paz, y abandonar la guerra comenzada; por lo cual muchos de los que mas valían vinieron á hablar con los dos moriscos que el marqués envió para tratar aquel caso por buenos medios: el uno dellos se llamaba el Almandari, y el otro Abduramen. Ya tenemos dicho que estos eran caballeros y ricos; á todos los que venían á hablarles daban nuevas de muy buena esperanza del perdón prometido por su Majestad, con lo que todos quedaban muy contentos prometiéndole buscar al reyecillo y darle muerte.

Salieron diputadas cuatro moriscos de crédito con este intento, los cuales juntaron luego mucha gente para ir á prender al reyecillo y llevarle á Granada. Oyendo hablar deste trato los monfis, y no confiados en si sería así como se publicaba, marcharon á los lugares marítimos, huyendo de las escuadras reducidas á los cristianos. Estando en aquellas marinas, llegaron á tierra ciertos navios de turcos, los cuales habían tenido entre sí pesadumbres, y de sus resultados la mitad dellos se quedó en tierra, y los demás se hicieron á la mar. Estos turcos, juntándose con los monfis, hacían notable daño en los lugares mas cercanos, y de allí sacaban lo necesario para su sustento, esperando á que viniese el socorro de Arjel que por horas aguardaban. Pues como la nueva del perdón general y la oferta de los diez mil ducados prometidos por la cabeza del señor de Valor volasen por todas las Alpujarras, vino el reyecillo á quedarse casi sin gente. Siendo avisado de todo lo que pasaba, recelándose del mal que le podía venir, no confiando en la lealtad de la gente morisca, y conociendo la poca constancia de su valor, determinó esconderse por algunos días hasta ver en qué paraba toda aquella repentina mudanza. Sabía que la fuerza de los diez mil ducados ofrecidos por su cabeza sería muy grande, y podría dar ocasión á su perdimiento: así, descubriéndose á cuatro amigos y deudos muy cercanos suyos, se salió una noche del lugar de Valor sin que nadie lo entendiese, y se fué á una antigua cueva espaciosa y profunda, de nadie conocida sino del solo y de los cuatro amigos que llevaba, y allí se metió llevando lo necesario para su sustento. Estos cuatro amigos cuidaban de requerirle de cuatro en cuatro días, llevándole de comer á deshora, y sin que nadie lo entendiese. Allí le contaban entonces todo lo que pasaba, y quién andaba en su deman-

da y con qué gente; lo cual asentaba Muley en su memoria para tenerlo presente algún día, confiando entonces en las escuadras de los monfis que no querían ser reducidos, y en el socorro que aguardaba de Arjel. Aquí estuvo el señor de Valor algunos días aguardando su ocasión, la cual declararemos mas adelante, diciendo primero lo que hace al caso al prometido capítulo.

Pues como se derramase ya la fama del perdón á todos los pueblos levantados, los monfis tiraron por una parte, y los que se querían reducir y haber paz por otra; de suerte que había dos ejércitos, siendo de mas poder el de los monfis y otros malhechores que andaban con ellos, por estar mejor armados; y como los unos y los otros no supiesen qué se había hecho el señor de Valor, andaban maravillados y sin saber qué hacerse no teniendo rey. Todos se volvieron á sus lugares, salvo aquellos que andaban buscando al reyecillo, y que formaban dos tropas de gentes guiadas por cuatro moros, como llevamos referido; y el uno dellos y mas principal se llamaba el Dete: de los nombres de los otros no tuve noticia. Estos y otros amigos suyos, por codicia de los diez mil ducados, y por ponerse bien con el marqués de Mondéjar, practicaban diligencias esquisitas buscando al reyecillo, pero nunca pudieron hallarle muerto ni vivo. Entendiendo que se habría pasado á Africa, acordaron matar á un mozo morisco hijo-dalgo, llamado el Maule, que en el talle y garbo, rostro y color se parecía mucho á don Fernando; y muerto le fué cortada la cabeza, que llevaron á Granada, certificando con falsa relación y jurando que aquella cabeza era del reyecillo. Mostrándola por toda Granada, cuantos la vieron decían que con efecto lo era, y así dieron el premio prometido á los que la trajeron; y á uno dellos, que decía ser el quien le había dado muerte, le envió el marqués á Madrid con recados tales, que su Majestad le dió cuatro reales de salario cada día. Escribo esto así muy bien informado de muchos moriscos, á quienes pregunté la verdad del hecho para escribir con la debida diligencia la segunda parte desta historia.

Pues no habiendo hallado al reyecillo, y creída la falsa relación que hicieron los moros diputados para matarle, estos se volvieron á sus lugares bajo de seguro, y algunos fueron á Granada á hablar con el marqués, quien los trató muy bien y blandamente, dándoles esperanzas de que todo se allanaría y acabaría con felicidad. Solamente los monfis se mantuvieron rebeldes, y jamás quisieron fiarse de promesas, temiendo ser engañados y destruidos á manos de los cristianos, en poder de la justicia, como había sucedido ya á otros muchos en distintas ocasiones. Así querían alzar entre ellos á un rey que los gobernase, y que fuese de tanto corazón y tan subidos pensamientos que saliera bien con todo lo que antes tenían prometido; pero no sabían el orden que en esto se debe tener, y el diablo, que siempre busca hacer daño y obras tales como él es, les proveyó de rey para que aquella maldad pasase adelante.

Para esto es de saber que ya en Arjel se tenía noticia de cuanto pasaba en el reino de Granada, y en vista de que los moros enviaban tantos esclavos y pedían tantas armas, y que la guerra andaba tan encendida, el Ochalí, rey de Arjel, acordó de enviar á las Alpujarras doscientos turcos valientes y bien armados, como el Gran Turco lo había prevenido, para ver cómo andaba la guerra, y si acaso había disposición para poner otra vez á España en aprieto, teniendo en ella los moros entrada cierta y segura, como en el tiempo del rey godo don Rodrigo. En este caso debía luego darse aviso al Gran Turco, para que la ruina de España se pudiese por obra. Así pues, los susodichos soldados se embarcaron en una fusta grande de Mami, calabrés, atravesaron desde el mar de Africa al de España, y tomaron puerto en el Fatallon de la mesa de Roldán, entre Almería y Vera, donde fueron avisados de

lo que pasaba, y de qué suerte andaba la guerra, de cómo el reyecillo era muerto y no parecía, y que los moriscos levantados se habían tornado á reducir y estar como de antes, habiéndolos el rey perdonado; que solamente quedaban obra de tres ó cuatro mil monfis en compañía de unos pocos de turcos, como cincuenta ó sesenta, que se habían quedado en tierra allí junto á lo de Adra, y que estos andaban por pasarse á Berbería, aguardando ocasión de pasaje. Toda esta relación dieron unos moros de Cabrera y Sirena á los doscientos turcos recientemente arribados, los cuales quedaron aturdidos de tal caso, arrepintiéndose de haber atravesado el mar de España. Y entrando todos en consejo dentro de su mismo navio para acordar lo que habían de hacer, decían unos que volverse y otros que no, pues ya que habían venido no sería razón dejar de ver la tierra, y observar en qué paraba aquel negocio, respecto á que el rey de Arjel los había enviado para tal caso. Otros replicaban á esto que la tierra era muy áspera y mal conocida dellos, y que podrían los mismos moriscos, como hombres mudables y varios, hacerles muy notable daño para ponerse en gracia con su rey. Mas uno de los capitanes que allí venían y traía á su cargo aquella gente, llamado Caracacha, hombre valeroso, de nación turco, les habló á todos desta suerte:

«Valientes y bravos soldados, de turquesca y clara sangre producidos, y de la troyana descendientes, como en las antiguas escrituras se halla, aventajados en paga por vuestro grande valor: muy bien sabeis todos que venimos y somos enviados á las tierras de España de orden del Gran Señor, y del rey de Arjel, habiéndosenos escogido entre los demás de sus escuadrones por hombres de gran valor, y que se nos envía para que sepamos destas guerras civiles de España, dando dellas aviso y larga cuenta. Pues si de aquí nos tornáramos, como algunos de vosotros habeis propuesto, ¿qué es lo que de nosotros dirían nuestros amigos y enemigos? No otra cosa por cierto sino que nos asombramos de ver las costas de España y sus altas sierras, y nos volvimos huyendo como cobardes, sin haber visto la cara á ningún cristiano, y en fuerza de una relación acaso incierta de dos desventurados morillos que nos la han dado. Si es verdad que los moriscos han dejado la guerra, posible es que sea por falta de su rey, y que por no tener quien los ampare y gobierne, han dado de mano á las armas. Pues cuando todo sea así, muy bien sabeis que entre los soldados amotinados se elige luego un general que mande y gobierne, para que á su sombra obre la milicia. Ahora pues nosotros podríamos hacer elegir un rey tal cual nos parezca, y después, porque su vida y honra no pasen detrimento, llevármole á Arjel cuando la suerte nos dijera muy mal: también podríamos nosotros teniendo ya un rey conocido, en compañía desos monfis de que se habla, hacer tanto, que tornásemos á levantar el reino todo, y le moviésemos á tomar armas otra vez contra las cristianas banderas, dándonos Mahoma tan buena suerte, que entráramos por España la tierra adentro, en donde alcanzásemos digna memoria en servicio de nuestro Gran Señor. Pero si por acaso muriéremos, los amigos y enemigos de Arjel dirán: murieron como soldados, y no volviéron huyendo como gallinas. Por tanto, bravos soldados y amigos míos, mi parecer es que saltemos en tierra, y pisemos el suelo de la España, que estando dentro, el santo Alá y Mahoma proveerán.»

Esto que dijo el capitán Caracacha pareció bien al otro capitán llamado Mami Agad, y á todos los demás soldados que estaban en el navio: y así luego desembarcaron y se fueron por tierra hasta Sorbas, llevando por espía y adalid á un moro de Ture llamado Gacia, el cual fué después gran cosario. Estando pues el escuadrón turquesco en Sorbas, llegaron por aquella parte los cuatro compañeros

del reyecillo, únicos sabedores de que estaba escondido en la cueva, y que ahora venían buscando navios de moros para pasarse á Arjel todos juntos, atento á que el reyecillo se hallaba desamparado, sin gente, á riesgo de caer en manos de los que le buscaban para matarle, é imposibilitado de volver mas á Granada. Y como llegaron allí á la sazón en que los turcos habían entrado, lo tuvieron por muy buena ocasión, pensando por este recurso volver á don Fernando á su estado primitivo, como volvió en verdad. Con este intento se fueron á Sorbas y hablaron con los dos capitanes Caracacha y Mami Agad, aunque otros quieren decir que á este último le llamaban de otra manera: les contaron todo el caso de la guerra del mismo modo que había pasado, certificándoles que el rey Muley era vivo, que estaba escondido en una cueva tiempo había, por recelo de que no le matasen; y que, habiendo muerto por su causa á un caballero mancebo que se parecía á don Fernando de Valor, todo el reino le tenía por muerto; pero vivía, y estaba determinado de pasarse en Arjel, no pudiendo estar ya en España, y que ellos eran venidos por aquellas marinas buscando medios para la tal embarcación; y habiendo tenido noticia del reciente arribo de los turcos, venían á verlos y saber si podrían dar algún remedio sobre aquel caso.

Todo esto contaron los amigos del reyecillo á los dos capitanes turcos, los cuales fueron espantados de oír tan grandes novedades; mas el capitán Caracacha les habló diciendo: «no quiera Mahoma que esta vez muera el rey de Granada, ni que pase á Arjel hasta tanto que todos los que estamos aquí seamos muertos en su servicio; pues esta es la orden que traemos de nuestro rey Ochalí. Así partamos luego adonde está, y no nos detengamos mas aquí, porque es muy cierto que en la tardanza está el peligro.» Con esto aquella misma noche partieron de Sorbas, y no pararon hasta llegar cerca de Valor, tardando tres días en el viaje, porque no caminaban sino de noche, y pasaban el día emboscados. No pudo con todo eso ser este viaje tan secreto que no lo supiesen los de Mojacar y Vera, quienes con noticia de aquel grande escuadrón de enemigos dieron luego aviso al marqués de Mondéjar de lo que pasaba; el cual no holgó mucho dello, porque sabia muy bien que se aguardaba algún socorro de Africa para los moros del reino de Granada, y ya tenía apercebida mucha gente de guerra, nombrados capitanes, y convocados todos los lugares mas vecinos y comarcas del reino, para que prestasen socorro cuando fuera menester. Habiendo pues llegado los turcos á Valor, bien cerca de la cueva donde estaba Muley, sucedió que este, poco antes de aquella hora, se había salido de su escondrijo por dar algún descanso á la vista que tantos días había tenido ofuscada en aquella oscuridad, y recrear el corazón y los ojos con la hermosa perspectiva del campo.

Estando sentado entre unas matas grandes de lentiscos y romeros, mirando las altas y fragosas sierras de aquellas Alpujarras, se le vinieron á la memoria todas las guerras antiguas que habían allí pasado, y las ruinas de aquel reino que antes solía ser tan próspero y rico, y en todo tan pujante; y con estos acuerdos vino á dar y á pensar en su presente desventura, cómo se había visto muy pocos días antes coronado por rey y señor de aquel reino, y cómo al presente se veía solo y desamparado, y falto muchas veces de lo necesario para su sustento. Acordábase de Granada y de la buena vida que allí tenía, puesto en estado de próspera fortuna; acordábase de la mala salida que había hecho de aquella ciudad por una cosa de tan poca consideración, y cómo al presente se hallaba sin los bienes que poseía entonces, sin el que después le habían prometido falsas esperanzas, solo, desamparado de todo bien, apartado de su padre, madre y hermanos, y ocasionando el mal que pasaban todos por su causa. Esto consideraba don Fernando de Valor, y lloraba,

y se lastimaba con justa razón, formando mil querellas contra el cielo y la fortuna adversa que le seguía, pues por su causa estaba don Antonio de Valor, su viejo padre, aprisionado en una fuerte torre en Castilla, donde al fin murió entre hierros sin haberlo merecido; y un hermano suyo, llamado don Alonso de Valor, fué llevado preso á Madrid, de donde jamás volvió á ver á Granada; y otro hermano, llamado don Luis de Valor estaba en Arjel, porque él le había enviado al Ochalí con recados suyos, y pidiéndolo socorro y armas. Por esta causa envió el Ochalí los doseientos turcos que hemos dicho, quedando don Luis de Valor en Arjel casi como en rehenes. Lamentábase de todo el desdichado reyecillo, trayendo á la memoria sus males, y el poco remedio que para ellos se esperaba: así me pareció que sería bueno escribir en verso sus querellas, como aquí se ponen en las siguientes endechas:

Oh vanos y revueltos pensamientos
Y torres en el viento levantadas,
Y por mi mal inmenso fabricadas,
Por ser tan mal fundados los cimientos!
¿Qué estrella triste pudo así guiarme
A despeñarme?
Cuál hado acerbo
Fué tan protervo;
Cuál desventura
Con pena dura
Me trujo á tan estrecho y triste estado.
Que vivo estoy, y en vida sepultado?
¿A dó está aquella gloria en que me vido
Y adónde está el valor y la grandeza,
Y la corona de oro en la cabeza,
De quien fortuna adversa me divide?
¿A dó las prometidas esperanzas,
Y aquellas alabanzas
Del escuadrón armado
Que me tenía rodeado
Diciendo: viva, viva,
Con grita muy alta,
El rey de todo el reino de Granada
Con un aplauso y gloria no pensada?
Y el bélico sonido de la trompa,
Y del añafil claro y la dulzaina,
Con cuánta violencia ya se amaina
Haciendo escurecer la clara pompa?
¿Cuán presto se acabó la dulce suerte
Con dolor fuerte!
Ya no he reinado,
Que el duro hado
Así lo quiso;
Quizá repiso
De verme levantado á las estrellas,
Propuso derribarme á estas querellas.
¿A dó los elegidos capitanes,
Las conductas firmadas, concedidas,
Con mis reales sellos imprimidas,
Y dadas á los que eran mas guzmanes?
¿A dó la desplegada media luna,
Que dió fortuna
Con buen semblante;
Mas no constante,
Sino sinestra,
Como se muestra;
Pues con velocidad su varia rueda
No quiso por mi daño estarse queda?
¿A dó mis padres son y mis hermanos;
Adónde mis parientes, mis amigos,
Que fueron de mi bien y mal testigos,
A veces siendo moros y cristianos?
De soledad estoy acompañado,
Pues quisó el hado,
Que desta gloria
Sola memoria
En mí quedase,
Porque pasase
Considerando en ella un mal extraño,
Y tal cual ordenó ser en mi daño.
Llorad pues, corazón, ojos cansados,
Los bienes prosperados ya perdidos,
Llorad también los males padecidos,
Envueltos en mil penas y cuidados;
A Granada llorad, que habeis perdido,
Jardín florido,
Y bella Alhambra.
Do ya no he y zambra
Fresca y Nadamar,
A do Abenamar
Dejó con tu frescura mil pesares:
¡Ay Jaragui florido y Aljares!
No espero veros mas eternamente,
Porque la suerte dió lo dispuesto,
Haciendo el bien y el mal todo confuso,
Mostrándose cruel, dura, inlemente;
Un solo bien me queda, mas terrible,
Y no es posible
Que sea seguro,
Si acerbo y duro;
Pasad las ondas
Del mar tan hondas
Al líbico distrito y sus riberas;
Mas desdichado y solo, y sin banderas.
Mas con razón hareis el sentimiento
De todas estas cosas miserables,
Pues ellas traen en sí ser lamentables,

Fundadas en terrible perdimiento:
Llorad pues, ojos míos, tantos males,
Que nunca tales,
Ni mas se vieron;
Pues causa dieron
De eterna pena,
Con larga vena
De llanto, con que triste me consumo.
Al ver mi bien revuelto todo en humo.

Esta suerte se lastimaba el desventurado señor de Valor, derramando de sus ojos una vena abundantísima de lágrimas; y con razón se lamentaba al verse privado de su hacienda, de la dulce patria y sabrosa libertad, metido de un golpe en un piélago tempestuoso de trabajos, sin saber hallar algún remedio; sus lugares perdidos y su vida espuesta, pregonado por traidor contra su rey y señor. Mas como era mozo, y sin aquella discreción que convenia en tal caso, no sabia navegar entre las peligrosas olas de un mar tan bravo, ni dar descansado puerto á sus males; que si él viéndose desamparado de los suyos, gente variable y sin fe ni ley, así como se fué á esconder del furor infernal dellos, movido en su daño, se fuera una noche á Granada, y de allí á Madrid, y se echara con lágrimas á los reales piés de don Felipe, nuestro señor, su Majestad le perdonara con su acostumbrada misericordia, y le diera con que vivir, ya que le quitara sus tierras, considerando la sobrada juventud del delincuente, que aun no había llegado á los años de la entera discreción; mas él no cayendo en este saludable remedio, se mantuvo tímido y escondido en aquella cueva, aguardando coyuntura para pasarse á Africa. Estando en esta situación el señor de Valor vió venir marchando acia donde él estaba el escuadrón formado de los turcos, y mudándose de todo punto su color, quedó como muerto, entendiendo que aquellos eran los moriscos que venían á matarle; y así poseído de miedo, exclamó: «ya, don Fernando, ha llegado tu último fin; ahora saldrás de los trabajos que te cercan.» Pero parando mientes en la escuadra que allí venía, cuando vió delante de todos á los cuatro compañeros suyos, únicos sabedores de su estancia, se tuvo entonces por mas perdido, creyendo que estos le vendieran, porque tenía aquella gente morisca por mudable, sin fe ni ley á la verdadera amistad, segun había visto ya por las cosas pasadas. Observando sin embargo que todo aquel gallardo escuadrón venía bien aderezado, y los soldados con zapatos y borceguies datilados y leonados, bonetes colorados, turbantes blancos, y aliquees blancos y azules á los hombros, y armados de largas y lucidas escopetas, luego conoció que aquella gente no era granadina, sino que eran turcos; y algo consolado con esto, se estuvo quieto hasta ver en qué paraba la venida de tan lucido escuadrón.

Luego que todos llegaron junto á la cueva se adelantaron un poco los cuatro moros granadinos, y uno dellos se entró por aquellos peñascos, entre los cuales estaba tan oculta la puerta de la cueva, que de ninguno podía ser vista ni hallada si no fuese por acaso. Este hizo luego la señal acostumbrada, que era tocar un pito pequeño de plata, á cuyo sonido el reyecillo respondía luego; pero esta vez, aunque fué tocado, no pudo responder: repetida hasta cuatro veces la señal, el moro que la hacia se quedó maravillado y confuso viendo la falta de correspondencia; y así medio turbado se salió fuera de la cueva, y dijo que el rey no parecía, ni había respondido. Luego los otros tres amigos entraron muy adentro hasta llegar á la misma cama en donde el rey solía dormir, y como no le hallaron, muy maravillados y confusos se salieron de la cueva, diciendo que el señor de Valor no parecía; á lo cual el bravo capitán Caracacha dijo en tono sañudo: «mas bien entiendo que vosotros nos traéis engañados, metiéndonos la tierra adentro para que nos perdamos; pero no lo esperéis, que aunque pocos en número, somos tales, que lo asolaremos todo, quemaremos los montes, y si fuere necesario iremos á Granada, la pegaremos fuego á pesar de todo el mundo, y nos volveremos á la mar. Por

tanto, buscad al rey al instante con toda diligencia, que si no lo haceis al punto os haremos pedazos, y en testimonio llevaremos á Arjel vuestras cabezas para que el Ochalí vea si hemos entrado en las tierras de España, á pesar del mar y del viento.» Los cuatro moros granadinos, llenos de espanto, no sabían qué hacerse en semejante tribulación; lo cual visto por el reyecillo, poniendo el caso en las manos de la fortuna, se levantó en pié, y llamó por su nombre á sus amigos, los cuales al verle sintieron no poca alegría. Bajó abajo entonces el reyecillo, y mirándole muy de propósito el capitán Caracacha, reconoció desde luego en el aspecto, que era hombre de valor y principal, y así le dijo: «¿eres tú el rey nuevamente levantado en este reino?» Don Fernando mostrando gravedad en el rostro, exento de todo temor, respondió que sí, que él era el rey de Granada, y por qué se lo preguntaba. El bravo turco, mostrando luego alegría, le fué á abrazar y besar la mano diciendo: «bien parece que eres de sangre real; pues no puede negarse el valor de tu linaje, en tu persona.» En seguida puso la mano en la bolsa de la escopeta que era grande, y sacó de allí un pliego de cartas, que después de haber besado entregó al reyecillo, y le dijo: «toma esas cartas que te envía el rey de Arjel, mi señor, y por ellas sabrás lo que te quiere decir.» El reyecillo tomó el pliego, y en seguida leyó una carta que decía así:

«A tí, Fernando Muley Abenhumeya, nuevo rey de Granada y su reino, elegido por justa razón de derecho, parando mientes los electores en la real sangre de donde vienes, salud, para que con ella goces largos años la nueva corona por tu valor merecida. Sabrás que ha pocos días que recibimos unas cartas enviadas del buen caballero Abenchoar, al parecer dendo tuyo muy cercano, como después hemos entendido, y de otros moros principales de Granada y su reino, en las cuales nos pedían armas y socorro para seguir la guerra que estaba promovida contra el rey de España, prometiéndonos dar seguros puertos y entradas, favor y ayuda para que España fuese conquistada, así como lo fué en los pasados tiempos del rey don Rodrigo, entramos en el real consejo de guerra para determinar lo que sobre el caso debíamos hacer; y fué acordado que era justa causa dar armas y socorro á quien lo pide contra cristianos, porque así nos lo manda nuestro Mahoma; y para ello fué luego determinado que se juntase gran cantidad de todas armas, y os fuesen remitidas. Mas después por segundo acuerdo se envió un despacho al Gran Señor, haciéndole saber lo que por los granadinos era pedido, y lo que acerca dello estaba tratado y acordado. A esto mandó el Gran Señor que se enviasen doscientos turcos de nación, soldados valientes, aventajados en pagas de diez y de veinte escudos de luna á luna nueva, para que diesen tiento en el estado de la guerra; y si por suerte se fuese mejorando contra las cristianas banderas, puesto el caso en que se pudiese salir con lo pretendido y prometido, dice el Gran Señor que él dará bastante socorro de gente y armas, y que él mismo con todo su poder entrará por las partes de Italia, pasando el mar hasta los límites de España con gran pujanza. Y habiendo nosotros tenido esta respuesta y orden del Gran Señor, un hermano tuyo llamado don Luis de Valor llegó en una fragata de once bancos, de un moro granadino, y nos dió unas letras tuyas, pidiendo por ella segunda vez socorro y armas, y confirmando lo antes prometido. En su vista fué determinado luego en nuestro real acuerdo, que te se enviase el socorro pedido y las armas contra los cristianos, juntamente con doscientos turcos, buenos soldados, los cuales encargamos que sean bien pagados, con aquellas ventajas que suelen ganar en estas plazas nuestras. Tu buen hermano don Luis queda en Arjel en mi poder, tan mirado y atendido como es razón que lo sea. El santo

Alá te dé victoria, y Mahoma en todo sea propicio. De Arjel, y para lo que te cumpliere. — *El Ochali.*

Leida la carta, el reyecillo, como resucitado de muerte á vida, mostró muy alegre semblante, y tornó á abrazar de nuevo á los dos capitanes turcos, ofreciéndoles grandes pagas. Todo aquel escuadron turquesco dió luego una carga de escopetería tan brava, que hizo resonar los valles y sierras de tal forma, que se oyó el ruido en muchas partes donde había una multitud de moros ahuyentados de la braveza de los cristianos, no fiándose de las paces prometidas. Mandó el reyecillo que se fuesen á Valor, pueblo suyo, el cual no estaba tan cerca de allí como hemos dicho, porque la cueva en que se escondió estaba encima de la sierra de Dalías, según hemos sabido después por verdaderas relaciones. Llegando allí fueron recibidos con mucha alegría, porque todos tenían ya por muerto al reyecillo, el cual les dijo que se mantuviesen firmes en lo comenzado, pues tenían á la vista aquel socorro, y mas que les vendría. Con esto se fué de Valor á un lugar llamado Yubiles, de allí á Andarax, y de allí á Adra, en donde halló grandes compañías de monjes y de otros moriscos malhechores, los cuales se juntaron con él muy alegres, y admirados de verle vivo habiéndole tenido por muerto. Luego se volvió el reyecillo á Andarax con su compañía, dando la orden que en la guerra se había de tener contra los cristianos.

El marqués de Mondéjar, al instante que supo por la parte de Vera y Mojacar que habían entrado gentes de Africa, mandó que se apercebiese toda la gente de guerra que estaba alistada, y era mucha, compuesta de gente muy principal de la Andalucía y de valerosos capitanes; hallóse por cuenta que el marqués de Mondéjar sacaba veinte mil hombres entre los de á pié y á caballo, todos andaluces y valerosos, la flor del mundo; dejando aparte los del reino de Murcia, con quienes no se halla igual. Saliendo pues el marqués de Mondéjar de Granada, acompañado de tanta y tan lucida gente, y llevando sus banderas tendidas con el estandarte real de la Alhambra, y delante su guioncillo de general, siguiéndole muchos y muy principales caballeros, llegó á los lugares llamados Alhendin y el Padul, en donde halló á los moros sosegados, y mandó por bando que ningún soldado hiciese daño á los moriscos ni á sus bienes. Hacíalo así el marqués, pensando allanar á los pueblos levantados por bien, y no por mal; pero no le sucedió como pensaba, según diremos adelante, y después de haber puesto el romance que habla de lo contenido en este capítulo.

El buen conde de Tendilla,
Que es marqués intitulado
Del estado de Mondéjar,
Señor de muy gran ducado,
Uno de los del consejo
Por su valor estimado,
Fiel alcaide del Alhambra,
Y gran general nombrado
De ese reino de Granada
Por el rey y su mandado;
Como viese que los moros
Del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
De guerra, con aparato
Para poderlos vencer
Y traer á su mandado;
Y subir al Alpujarra,
Llevando campo formado;
Aunque el marqués bien quisiera
Por buena vía llevarlo,
Y así envió dos moriscos
De Granada á negociarlo:
Moros son de calidad,
Y de cantidad nombrados.
Manda que paces concierten
Con los moros levantados,
Y que perdon general
Prometan en aquel trato.
Enviados por el rey
Para mas asegurarlos,
Esto tratan los dos moros
Con los pueblos rebelados.
Los cuales arrepentidos
Dicen que ellos son cristianos,
Y que no quieren la guerra,
Porque fueron engañados
Por el falso Abenchoar,

Que estaba mal indignado
Contra el marqués de Mondéjar,
Porque había maltratado
A los moros granadinos
Como se ha declarado;
Mas á ellos que les pesa
De haber las armas tomado,
Y que quieren reducirse
En el hábito cristiano.
También dicen los dos moros
Que darán diez mil ducados
Al que diere la cabeza
De aquel reyecillo falso.
Por codicia desta empresa,
Muchos moros van buscando
Al cuitado reyecillo
Para prenderlo ó matarlo;
El cual tuvo que esconderse
Donde no fuese hallado.
Y el que mas le sigue y busca
Es el Derri, su privado;
Y como no le hallase,
Por ganar diez mil ducados,
Mató á un manebro morisco
Que parecía á don Fernando,
Y cortada la cabeza
A Granada la han llevado.
El marqués lo prometido,
Paga quedando engañado;
De paz está todo el reino,
Como se había tratado.
Solos quedaban los monjes,
Que no se han acomodado.
Estos son mas de tres mil,
Y todos muy bien armados.
Fasar se quieren á Fez
En hallando buen recaudo,

Porque entienden que ya es muerto
Aquel reyecillo falso.
Estando en aqueste punto,
Muchos turcos han entrado
Dentro de las Alpujarras,
Y todos muy bien armados;
Que los envió el Ochali,
Rey de Arjel tan nombrado,
Para socorro y defensa
Deste granadino estado.
Hallaron al reyecillo
En una cueva encerrado.
El cual muy bien los recibe,
Y con ellos pasa á Valor,
Y dende allí á Andarax.
Con su campo concertado.
Los monjes con él se juntan
Con placer demasado
En tener á su rey vivo,
Que por muerto le han juzgado.

El reyecillo da orden
De lo que se hará en el caso:
La guerra quiere seguir
Como había comenzado.
El buen marqués de Mondéjar,
Siendo de aquesto avisado,
Luego salió de Granada
Llevando el campo formado.
Lleva mas de veinte mil
Que le van acompañando.
Muchos capitanes fuertes,
Muchos lucidos soldados,
Ricas banderas tendidas,
Y su estandarte dorado.
Con el marqués un guion,
Como caso acostumbrado,
Que le lleva un general
Cuando va un campo marchando:
Lo que desto sucedió
Os será después contado.

CAPITULO IV.

En que se pone la salida del marqués de los Velez contra los moros de los rios de Almanzora y Almería, sierra de Filabrés y Tahall, y otras cosas que sucedieron.

Ya hemos contado cómo el marqués de Mondéjar llegó al Padul, y había pasado por Alhendin, dejando á los moriscos de aquellos lugares pacíficos. De allí se fué á las Albuñuelas, donde hizo alto su campo, para dar orden á la reduccion de los moriscos de aquellos lugares, sin daño dellos: lo que ciertamente consiguiera, y allanara todas las Alpujarras, llevando las cosas por buenos medios y por vía de paz, conforme tenia prometido con el perdon general de aquel arrebato y acelerada rebelion, si malos cristianos quisieran cooperar á este su buen propósito. Pero de los veinte mil hombres que llevaba en su campo, iban mas de diez mil los mayores ladrones del mundo, animados de la idea única de robar, saquear y destruir los pueblos de los moriscos que se mantenian sosegados; y así, apenas el marqués de Mondéjar había pasado de Alhendin y el Padul, asentando el campo en las Albuñuelas, cuando mil destos ladrones salieron de su real y tornaron á los lugares susodichos, los saquearon de noche, mataron á muchos moriscos, y se llevaron muchas mujeres jóvenes y muchachas á sus tierras, en donde las vendian por esclavas. Hecho el daño por la noche, luego se volvian al real; y aunque los moros habían escapado huyendo y querellaban al marqués diciéndole todo cuanto habían padecido, y los robos y muertes que por la noche ejecutaban los suyos, eran de ningún provecho las quejas, porque el marqués nada remediaba, no sabiendo á quién castigar, por ser tanta la multitud de gente depravada que en su real había.

Viendo esto los moriscos, y que su mal no tenia remedio, indignados de que sus haciendas, sus mujeres y sus hijos fuesen robados impunemente, no aguantaron mas, y así recogiendo y escondiendo todo aquello que se podía, se iban á la sierra en donde estaba el reyecillo, diciendo que el marqués con achaque de paz les enviaba tropas para destruirlos. El reyecillo los amparaba, y recibía de buen grado, diciéndoles: «pobres de vosotros, ¿no veis que debajo del engaño desas públicas y prometidas paces, os van destruyendo y acabando, y así os llevarán hasta que no quede ninguno? Tomad todos las armas, y morid defendiendo vuestras vidas y haciendas, que presto seréis señores absolutos de toda la tierra.» Con esto cobraron ánimo, y dejando sus lugares iban á alistarse en la milicia; por manera que á causa de los malos cristianos, sedientos de robar y de apoderarse de las haciendas ajenas, fueron sucesivamente levantándose muchos pueblos de los moriscos. Bramaba, ardía en saña el marqués viendo que lo que él prometía se lo desconcertaban las gentes de su real. A menudo mandaba echar bandos con pena de la vida al que saliera á saquear; pero valían muy poco estas diligencias contra los ladrones que se escapaban á deshora, y de suerte que nadie sabia su salida, aunque estaban puestas centinelas por los caminos. Estendiéndose tan fatales nuevas por todos los demás lugares de las Alpujarras, volvió de nuevo á alborotarse y tomar las armas todo el reino,

no fiándose ya de las paces prometidas, y queriendo mas morir ofendiendo, que vivir padeciendo.

Los capitanes que habían sido señalados y repartidos por orden del reyecillo, volvieron á juntar su gente, á apercebirse de armas, y seguir las banderas del señor de Valor contra los cristianos. Los turcos que vieron tantos hombres ayuntados y no mal armados, los animaban diciendo que ellos les ayudarian á ganar toda España. Con esto los moros granadinos tomaron tanto brío, que de nuevo tornaron á hacer crecidos males. El marqués de los Velez, don Luis Fajardo, teniendo noticia de que los moros habían vuelto á levantarse, aunque á la verdad ya no tenían ellos la culpa sino los malos cristianos, determinó salir con campo formado contra los de los rios de Almanzora y Almería, á fin de que, yendó el por una parte y el marqués de Mondéjar por otra, se pusiese pronto término á aquellas guerras civiles. Como general del reino de Murcia, escribió luego á los pueblos mas vecinos para que le acompañasen en esta jornada, y así se juntaron de Caravaca muchos y muy buenos soldados con un valeroso capitán, llamado Juan de Leon, y un sargento mayor llamado Andrés de Mora, hombre muy esforzado y práctico en la milicia: de allí sacó también un alferez para que llevase su estandarte, llamado Benavides, sujeto hidalgo de gran calidad por su persona; en todos saldrían unos cuatrocientos soldados muy buenos, bien apuestos y armados. De la villa de Cehegin salieron doscientos hombres, gente muy lucida y bien armada, llevando por su capitán á un soldado viejo y valiente, que se llamaba Carreño. De la villa de Mula salieron trescientos hombres bien armados y valerosos, con su capitán, nombrado Melgarejo, que era varon de grande esfuerzo. De la villa de Totana salieron cien hombres robustos, criados en la costa, y acostumbrados á verse cada dia con los moros, cuyo capitán se llamaba Juan de Mora, excelente soldado. De la villa de Alhama salieron otros cien hombres, tan buenos soldados como los de Totana, y muy acostumbrados también á verse en la marina con los moros; llevaban un buen capitán, llamado Felcayuela. El marqués envió á su hermano don Juan Fajardo, maese de campo, á Lorca para que pidiese á la ciudad gente que fuera en esta jornada; y así salieron de Lorca en esta vez mas de mil hombres de guerra, toda gente valerosa y bien armada, llevando por capitanes á Juan Felices Quiñonero, hidalgo principal de la casa de los Quiñones, á Juan Felices Duque, Juan Mateos de Guevara, Alfonso del Castillo, el mozo; Adrian Leonés del Alberca y Hernán Pérez de Tudela. Además destos seis valerosos capitanes salieron después en ocasiones por orden de la ciudad otros cinco, hidalgos también y de mucho valor, que fueron los siguientes: Alonso de Leiva Marín, Martín de Lorita, alferez mayor; Gomez García de Guevara; Juan Mateos Rendon, y Luis de Guevara: entiendo que este último salió de los primeros y del hermano don Juan Fajardo, así como de los demás. También salió en otra ocasión por capitán Juan Leonés de Guevara, y Luis Ponce su hermano, capitán de caballos, y Juan Manchiron, regidor de Lorca. Y pues hemos hablado destos lugares, llamados por el marqués, y de los capitanes que dellos salieron, es justa razon que digamos algo de la noble Murcia; la cual siendo avisada por su noble adelantado, al punto escribió al rey lo que pasaba, y su majestad la mandó que siguiese la guerra, y socorriese con gente á su adelantado. Así luego la noble ciudad creó tres capitanes valerosos, dos de infantería, llamado el uno Alonso Galtero, caballero de mucho valor, y el otro Nofre Ruiz, hombre principal é hidalgo; el capitán de caballos se llamaba don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, y su alferez fué otro caballero ilustre, llamado Salvador Navarro. Hicieron estos mucha y muy gallarda gente, y toda bien armada; mas no salieron tan pronto de Murcia, que no los precediera el marqués de los Velez, saliendo

el dia de los Reyes, año de 1569. Llevaba el valeroso Fajardo de los lugares ya referidos tres mil hombres fuertes y bien armados, sin los que aguardaba de Murcia; y marchando con buen orden tendidas sus banderas, iba Lorca á la vanguardia, Caravaca de batalla, Totana, Alhama y Cehegin á la retaguardia. Toda la gente del campo era escogida, bien dispuesta de armas, y bastante para acometer á veinte mil hombres que fueran de otras naciones.

Así el buen adelantado, muy gallardo y contento de ver un campo tan lucido, decía que en el tiempo que siguió las inclitas banderas del emperador su señor, no había visto mejor gente, ni mas lucida que la que él á la sazón llevaba; y que en muchas ocasiones se holgara de haber tenido la gente de aquel reino de Murcia, porque se señalaba ventajosamente entre todas las demás de España. El marqués era uno de los caballeros mas valerosos del mundo, pudiéndose contar entre los mas célebres de España, incluso aquellos que tuvieron mas nombradía, como el Cid, el conde Fernán-Gonzalez, Bernardo del Carpio, y otros capitanes españoles muy esclarecidos. Esto lo confirmó el emperador don Carlos V, nuestro señor, estando en Cartagena de vuelta de Arjel, yéndole á besar las manos el marqués don Pedro, padre del don Luis, de quien ahora tratamos; y que habiéndole abrazado y levantado del suelo donde estaba de rodillas, le dijo lo primero: «marqués, buen hijo teneis, y bien podeis decir que es uno de los buenos de España: así lo ha mostrado en todas las ocasiones que se ha hallado conmigo.» A lo cual respondió el marqués don Pedro: «señor, yo y él estamos al servicio de vuestra real y cesárea Majestad hasta la muerte.» Tornóle á abrazar el emperador, diciéndole: «tal se tiene entendido dél y de vos.»

Viniendo á propósito decir algo del valor y la nobleza de don Luis Fajardo, aunque nos salgamos un poco del hilo de nuestra historia, lo haremos de paso y en breves razones, porque nos aguarda en las Albuñuelas el marqués de Mondéjar, de quien debemos tratar en otro capítulo. Es pues de saber que el señor don Luis era hombre muy gentil, de recios y doblados miembros, tenía doce palmos de alto, tres de espalda, y otros tres de pecho, fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa y bien hecha al modo de su talle, el vacío de la pierna delgado, de tal manera, que jamás pudo gastar bota de cordobán justa, si no fuese de gamito de Flandes; calzaba trece y mas puntos de pié, y era tan bien trabado, rehecho y doble, que no se echaba de ver su altura; el color moreno cebrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco dellos con algunas fibras de sangre, de espantable aspecto; usaba la barba crecida y peinada, y alcanzaba grandisimas fuerzas; cuando miraba enojado, parecía que le salía fuego de los ojos; era súbito, valiente, determinado, enemigo de mentiras; trataba bien á sus criados, especialmente á aquellos que lo merecian; por poca ocasión tenía á un hombre preso veinte años, dándole allí de comer; cuando se enojaba, denostaba á los suyos, tratándolos mal de palabra; pero después de quitado el enojo le pesaba de lo que les había dicho, y les pedía perdon, diciendo: «que no era mas en su mano, y que la cólera le hacía perder los limites de la razon.» Era grande hombre á caballo; usaba siempre la brida, y parecía en la silla un peñasco firme; cada vez que montaba hacia al caballo temblar y orinar; entendía bien cualquiera suerte de freno; su vestido de monte era pardo y verde y morado; las botas que calzaba habían de ser blancas y abiertes, abrochadas con cordones; era larguísimo gastador, y tenía cuatro despensas de gran espendio, una en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las Cuevas, y otra en Alhama; era muy sabio y discreto, estremado en burlas y veras; tenía de costumbre oír misa á la una del dia y á las doce, de suerte que los capellanes no le podian sufrir; comía una sola vez al dia, y aquella comida era tal, que bastaria para satisfa-